

Dolor y Esperanza de Jaime Eyzaguirre

Por SERGIO GUILASATI

672262

Confesemos que, hasta cierto día, tuvimos un conocimiento precario del profesor Jaime Eyzaguirre, prematura y dolorosamente desaparecido. Nos eran familiares dos o tres obras suyas —entre ellas su "Oligarquía"— y algunos ensayos que, en la década del año 1940 aparecieron en la revista "Estudios" y otras publicaciones. Luchamos sosteniendo con él breves charlas en el Senado, a donde le solía convidar, a formar el té, Luis Valencia Avaris, colega suyo en la Academia Chilena de la Historia, y se encontraban improvisados, en de cir, fugaces, epifránticos, intranscendentes.

Empero, como se ha dicho, ello hasta cierto día, hasta el día en que le dimos una disertación sobre un tema que le fascinaba: el cumplimiento, en este tiempo, de algunas profecías que había analizado, en profundidad, 30 años antes.

En esa ocasión se nos reveló al intelectual de caudalosa cultura, de palabra convincente, ágil y concisa, destornada de toda retórica; el creyente de una fe que, para él, era levadura de esperanza, y el maestro por antonomasia que entrega informaciones, despierta inquietudes, excita el pensamiento, incita a la acción.

Ahí, pues, adquirimos la real medida humana y espiritual de Jaime Eyzaguirre, reconocida por sus miles de alumnos, aún por quienes disientan de sus opiniones, de sus juicios. Prueba de ello es el justo homenaje que, a su memoria, se rinde en el IV y de los Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, publicación en la que sus ex alumnos Mario Correa Saez y Horacio Aránguiz Donoso recuerdan su nombre y su labor docente.

Al abandonar la casa donde tuvo lugar la reunión, la noche se hacía madrugada. Era esperar las sombras, zolopaba un viento helado. Ovída. Nuestra alma estaba poblada de reflexiones, de imágenes; además, de una segura certeza: haber escuchado a un hombre auténtico, adherido con varón a sus principios, activo e insobornable, que hizo de cada uno de su vida una locución magistral. En que pertenecía a una clase que él definió, alguna vez, de "firmos y sobrios, educados en la austeridad y el esfuerzo, como

la vieja nobles de Castilla".

Por eso, porque no era preciso a las transacciones, a los acomodos, a las capillas, a los partidismos, no disfrutó, como merecía, de premios nacionales, de honra económica, de viajes gubernativos, de distinciones de labores, de aplausos comprometidos y comprometedores.

Y no es poca cosa conservar idealismos en esta época de las bombas y violentas mutaciones, que deprecia, cada vez más los valores del espíritu, de la honrada existencia y filosófica, de la tradición.

Ahora, al leer su obra póstuma, "Hispanoamérica del dolor" —diríase su testamento político— recordamos ese encuentro con Jaime Eyzaguirre, porque en estas páginas, como en aquella oportunidad, el maestro entrega, con pasión, ideas que quiere vaciar de la pesadumbre a la luz, ideas por las cuales luchó durante toda su ejemplarísima existencia.

Ahí está la mejor de sí mismo, sus ensayos sobre Chile; sobre Hispanoamérica; su mirada hacia Belice; sobre don Alonso de Ercilla, el caballero del amor y del desengano; la parábola de don Quixote; sobre Israel, que era, al decir suyo, el corazón de España. Y, en cada uno de ellos, aflora la fidelidad a un pensamiento que jamás fue traicionado en las actas, porque, como él mismo lo afirmó: "sólo el que se siente depositario de un mensaje escrito con la tinta de los siglos es capaz de marchar por ruta firme y con fe inquebrantable".

Como ese mensaje le develaba, Jaime Eyzaguirre lo exponía en la cátedra, en el libro, en la tribuna, en el diálogo privado.

Sin embargo, más allá del escritor y del conferenciante, había en él, habilitado, el maestro verdadero que siempre sabe dar y no pedir.

Al igual que Bello, era, por esencia, un profesor que empujaba a sus alumnos a buscar por sí mismos la verdad y el saber. El retrato que él pinta del insigne venezolano, en este volumen, pareciera tenerlo a él como modelo, pues también guardó respeto frente a la personalidad de cada alumno y, también él, sin impacientes, egotismos ni ambiciones, se quedaba atrás, contemplando el nacer espontáneo de las vocaciones, el suave germinar de las semillas.

Jaime Eyzaguirre amaba a España con un amor fervoroso y sincero, que ningún interés entibió. Más que hispanista, que —en sus palabras— es la actitud del extranjero que admira desde fuera los rasgos de la cultura ibérica, era hispano, porque serlo, para el chileno, "es signo de filiación, no postura servil o imitativa".

Desperdilladas por el tiempo las agudas aristas que la Madre Patria cinesó en el rostro de Chile y en el carácter de sus habitantes, hoy, en pleno siglo XX tiene vigencia la definición que hiciera de nuestro país, no sin orgullo, el escritor Agustín de Foxá: Chile es una España atemperada por la corriente fría de Humboldt.

En razón de ese amor ardiente a la Madre Patria, Jaime Eyzaguirre nunca fue infiel a las propias esencias. Aseveraba que sólo cabe avanzar con paso firme por el camino de la tradición, que para él no era una nostalgia, sino una esperanza.

Cristiano de encendida fe, logró conciliar, sin la más mínima concesión, el ideal con la realidad, el espíritu con la idea; hombre de conciencia, jamás dejó su voz interior. ¡Cualquiera como él...!

Le preocupaba Chile, su pasado, su presente, su porvenir, su sentimiento de independencia y de libertad, el respeto entre los discrepantes, su convivencia pacífica, su raro nivel de serenidad para encarar sus trascendentes reformas políticas y sociales que "han caminado más rápidamente de lo que crean los demagogos y de lo que desear los retrógrados", según escribió. Además, en alto grado, inquietábale su afán de salvar nuestra individualidad, para tener algo auténtico y original que decir y reputaba lazo de hoy y de mañana

defensora de las mistificaciones y de las uñiles venenosas que, a pechieta de justicia y de progreso, se quieren introducir desde fuera.

A la América bíchara y cristiana, India y española, el profesor Eyzaguirre la instó para que busque sin desmayo su definición en lucha consigo misma y los demás, con el objeto de que el espíritu de los pueblos que la integran no sea barrido y rebasado desuado a la moda para que ahí los coja el primer imperalismo que pare. "Enseguitas por el falso brillo de las palabras —agregamos habiendo oído años de libertad y cien años la hemos empujado políticamente con nuestra filia vergonzosa de lágrimas".

Por tal motivo, subrayaba, hoy libro-América no se pertenece a sí misma y es hora de desprenderse de unos extrínsecos para recobrar su "voz interrumpida".

A pesar de todo, creía en el destino propio de América Latina.

Con angustia unamónica, a Jaime Eyzaguirre lo duele Chile, la patria chica, y le duele Hispanoamérica, la patria grande.

Como el Quijote, caballero y cristiano, posee la vivificante virtud de la esperanza, que, según él, "le hace sobrelevar con igual serenidad, con igual temple y resolución, el momento feliz que el instante desgraciado; que sueña que ni hay azar ni hecho sin sentido; que muestra las cosas, no en su superficie sino en su hondura, no en su apariencia sino en su contenido vital".

Por ello, jamás adueñará su palabra, porque callar le parecía consentir en una muerte que rechazaba. Y, como no calló, su espíritu sigue vivo como una antorcha, como una espada, como un símbolo.

El Mercurio

31 - VIII - 64 - Efo
Vol 5

Dolor y esperanza de Jaime Eyzaguirre [artículo] Sergio Guilisasti Tagle.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guilisasti Tagle, Sergio, 1923-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dolor y esperanza de Jaime Eyzaguirre [artículo] Sergio Guilisasti Tagle.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile